

la deshonra. Ya puede comprenderse la causa del odio profesado por los rusos á sus hermanos en eslavismo, á sus hermanos mayores, los fuertes y heroicos poloneses. Polonia representaba una barrera, en la cual debía estrellarse Rusia; y el ruso la melló y trituró como el mar hirviendo la duna que lo limita y lo refrena. Reducido el Estado ruso en las regiones centrales de una etapa cuasi oceánica, y sin comunicación directa ni con el mar ni con el corazón de nuestra Europa, debía destruir muchos Estados para dilatarse y extenderse por los espacios necesarios á su desenvolvimiento. Los escandinavos le cerraban el paso al mar Báltico; los turcos y sus kanes el paso al mar Negro; los cosacos y los kirguises el paso al mar Caspio; los poloneses y los húngaros el paso á la Europa Central. Necesitaba luchar con todos ellos á un tiempo en cien combates titánicos, para cumplir su ministerio histórico, y luchó desde los comienzos de su vida con pujanza verdadera del ministerio á cumplir en lo futuro, ministerio de guerra y de conquistas. Cierta también que muchas dominaciones extrañas habíanse impuesto á su nativo espíritu. Primero aparecen los escandinavos elevando su autoridad hasta los eslavos más septentrionales; luego vienen los magyares y otras razas turanias y tártaras á ejercer dominio sobre Rusia.

Mientras tanto, en la materia difusa irradiada por territorios inmensos, que se decía Esclavonia dal Norte, iban formándose núcleos muy propios é idóneos para componer el centro de nuevos Estados y el germen de pueblos nuevos. Unas veces la ciudad de Nougórof, otras veces la ciudad de Kiel, ofrecía centros á los rusos bautizados con dominación escandinava. Mas lo que siempre les inquietó desde antes del año 1000, fué la posesión de de aquel núcleo, á cuya virtud atractiva fían aún hoy la mayor de sus transformaciones, la posesión de Constantinopla. Cuando, después de haber descendido á vela el curso de un río rodeado por tribus guerreras y enemigas, como el Nieper, debían retroceder, sin tocar en el Bósforo, consolábanse de sus rotas y de sus retrocesos, bogando en el Caspio, sabedores de que desde allí, tanto podían dirigirse hacia el Asia central como hacia el Asia menor, y contrastar los Emperadores de Constantinopla y los soldados de Persia. Pero, entre aquellos esfuerzos, unas veces la conquista de Polonia y de Lituania, que se apoderaban de diversas regiones Rusas; otras los fineses desde las orillas del Volga; otras los karanos de las orillas del Euxino; otras los kumanos extendidos desde los montes Ourales al Danubio; otras los tártaros, que cambiaron en sus estepas la vida nómada por vida más alta, otras las antiguas razas del Báltico, siempre alguna denominación extraña, debía tener sometido este imperio, cuya complexión guerrera le llamara de antiguo á sejetar bajo su dominio tantos y tantos pueblos. Dícese que allá en los fondos del mar, hay empeñado un combate cruelísimo, de cuyos horrores no pueden tener idea las especies que viven aquí en el suelo y respiran pura y superior atmósfera en nuestro aire oxigenado; pues, de igual suerte no podemos nosotros formarnos idea hoy, en los progresos de los tiempos modernos, en la plenitud completa del espíritu europeo, no podemos for-

marnos idea, no, de la guerra sañuda, implacable, que allá en los hondos abismos del tiempo antiguo, empeñaban unos pueblos con otros pueblos y unas razas con otras razas, cuando se formaban poco á poco las nacionalidades ó surgían los Estados productos del feudalismo, entre las ráfagas de una tempestad sin fin y entre los sacudimientos de unos terremotos sin medida y sin término. Imaginaos cuántos esfuerzos necesitaría emplear Rusia para lanzar de sus riberas del Báltico á Suecia, para destruir en el centro de sus estepas el dominio de Polonia, para contrastar las órdenes teutónicas que le cerraban el paso y le impedían el poder, para transfundirse la sangre de los cosacos en Ucrania, para extenderse por el Oriente hasta tomar los feudos de las hordas del Oural, los kanados de Kazán y Astrakan en las orillas del Volga; la superioridad sobre las aguas del Don, los ingresos en Tobolsk, capital de Siberia, los grandes boquetes así abiertos para entrar en el Ponto-Euxino tan deseado, como en el Turkestan antiguo tan misterioso, convirtiéndose por verdaderos milagros en potencia de primer orden, al igual europea y asiática. Ninguno de tales portentos hubieran podido cumplirse más que á costa de Suecia y de Polonia. Cuando á principios del siglo décimo-octavo, se declarara el Czar moscovita Emperador de todas las Rusias, una gran suma de todas éstas, calificadas con los diversos adjetivos de pequeñas, blancas, negras ó rojas, todavía yacen bajo el poder de Polonia, como el Báltico y el mar Negro, á que aspiraba también con iguales bríos, yacen bajo el poder de los Reyes de Suecia y bajo el poder de los kanes de Crimea. La fundación de Petersburgo, ciudad que hoy preside á todo el Imperio moscovita, no quiere decir otra cosa con sus calles geométricas y con sus monumentos regulares, parecida en todo á un cuartel de batallones conquistadores y á una oficina de covachuelos arbitrarios, no quiere decir otra cosa, en suma, sino que Pedro el Grande ha vencido á Carlos XII de Suecia y apoderádose por tal victoria de las orillas del Báltico, entrando en este mar, que bien puede llamarse, por su importancia en nuestro planeta y por sus senos y abrigos varios, como le llama la geografía moderna, un Mediterráneo del Norte. Lanzada Suecia de la Livonia, de la Estonia, de la Ingría, de una parte de la Karelia, de otra parte de la Finlandia, era preciso á Rusia, en este tropel de tantas victorias, como le llegan á los comienzos del siglo décimo-octavo, abrirse paso hasta el centro de nuestra Europa, siquier fuese pisando el yerto cadáver de Polonia. Lo primero que Rusia consiguió, fué la devolución de aquellos territorios que los duques de Lituania le habían tomado y unido al reino de Polonia. Esta primera desmembración, que precedió en cerca de treinta años, á la Revolución francesa, fue seguida por otra, consumada ya en el año clásico y más terrible de esta espantosa y fecunda revolución. Mientras los convencionales descabezaban á los Reyes, ¡ay! los Reyes enterraban á Polonia. En 1793, puestos de acuerdo el Emperador de Rusia y el Rey de Prusia, consumaron el terrible crimen, iniciado varios lustros antes. Ya nada quedó casto de la primitiva nacionalidad. La Polonia, la pasaron á Rusia; mientras pasaban á Prusia

los restos de aquel gran pueblo. Dos años más tarde ingresó el Austria misma en los convenios para la última repartición y se llamó á la parte, pidiendo que se tirase para ella también de la cuerda donde pendía Polonia. Entonces la destrucción final se perpetró. Rusia tomó lo que le plugo; Austria se alzó con la región llamada Galitzia, la cuna de Polonia; Pomerania pasó á formar parte de la Marca de Brandeburgo. Este crimen, del cual todos nos hemos dolido y que nadie ha castigado, crimen horrible nunca bastante maldecido por la Historia, y que los déspotas perpetraron entre los horrores de la revolución, abre por desgracia bajo sinestros auspicios nuestro siglo.

Mas de todo ello resultan á diario crecimientos increíbles para la grande Rusia. El mismo Czar, que había llegado hasta el mar Báltico, llega también hasta el mar de Azof. Aquel camino, por donde los tártaros y los mongoles vinieran tantas veces, en irrupciones tremendas, á la conquista del Oriente europeo, queda cerrado, quizás para siempre, por las razas arias boreales, interpuestas allí en Crimea, entre dos Continentes, y protectoras así, por manera muy eficaz, de la civilización occidental. Luchando unas veces con Turquía y entendiéndose otras en combinaciones, muy difíciles de comprender y de reseñar ahora, el joven pueblo ruso pasó allende las orillas del Caspio, sometió el reino cristiano de Georgia, obtuvo una parte considerable de Persia, disciplinó las hordas Kirguises, avanzó sus fronteras hasta el Pruth y el Danubio; cogió desde la desembocadura del Terek hasta la desembocadura del Kur; anexionó la Mingrelia y la Circasia; sumó en Armenia Batum y Kars á tantas conquistas; extendió sus dominios por la Mongolia y el Turkestan hasta la capital del gran Mogol, bebió las aguas del Opotan deseadas por Alejandro, dilató á territorio como Kiva y Bokara su tutela; llegó por la ribera izquierda del Amor á China, mientras por Merú amenazó á Persia y por el Affghanistan á India, constituyendo con tantos territorios diversos, con tantas tribus varias, un Imperio, tan vasto y tan contradictorio, que, por una parte lleva cultura, y cultura superior, á los bárbaros, mientras por otra parte amenaza con barbarie irremisible á la civilización, y forma de tal suerte como una especie de alto é impenetrable misterio, cuyos futuros destinos apenas presumibles, guarda como un secreto en sus altos designios la callada Providencia. Lo cierto es que, tras largo aislamiento, dividida tanto del Euxino como del Danubio por unos pueblos, apartada tanto del Báltico como del Elba por otros, sometida primero á los Pizarros y Corteses suecos; bautizada por mano de Constantinopla á fines del siglo décimo, descompuesta en feudos durante todo el siglo undécimo; caída bajo los tártaros en el siglo décimo-tercio; conquistada por la Polonia y la Lituania; rehecha más tarde, al rededor de Moscou; en combate continuo con turcos, germanos, poloneses, bárbaros de todas clases y reinos de todas procedencias, mantiene hoy una política verdaderamente suya, política de continuo engrandecimiento, la cual tiene por objeto único la conquista eterna de ciertos territorios, á cuyo logro se ha dirigido con tenacidad incontrastable y por cuyo

logro se han visto sus soldados desde los muros de Constantinopla y desde los valles de Cabul, hiriendo á Turquía, y á Persia, y á India, y á China, pero, en realidad, amenazando á Inglaterra en sus caminos del Oriente, al Austria en sus pretensiones antiguas sobre los pueblos tracios y en su dominio presente sobre los pueblos esclavones; á Germania por una rivalidad secular, sin que nadie sepa con certidumbre dónde llegarán sus fuerzas y dónde se pararán sus ambiciones. Rusia fué, pues, durante la Revolución, enemiga de Francia. Otro Estado grande, constituido por el espíritu moderno, y sin embargo enemigo también de Francia y su Revolución, es Prusia, mejor dicho, es el imperio alemán. Determina las fases naturales de la Edad Media, en tanto en Francia como Alemania y en Italia, la repartición del gran imperio carolingio, á fines del siglo noveno. Al reino salido de la desmembración llamada teutónica se le llamó reino alemán. Y este reino alemán tardó muy poco en someter, más ó menos directamente las varias soberanías germánicas, á su autoridad y soberanía superior, denominándose con mayores ó menores títulos el jefe suyo emperador electivo de Alemania y Rey al par de Italia. Con estas dos pretensiones, con la pretensión de presidir los feudos germánicos y con la pretensión de reinar en el territorio italiano, la idea de un reino alemán se perdió por completo; y sus poseedores, obtenido el dictado de Césares en Alemania, pugnaron por tener el dictado de semi pontífices en Roma. Naturalmente, abarcando lo que abarcaban estos Césares, deseosos de poner sus coronas al nivel mismo de las tierras, fomentaron mucho, por la inmensa variedad reinante de suyo en Germania, la división y la constitución en reinos, señoríos, feudos laicos y sacros, municipios libres, sobre todos los cuales ejercía el emperador de una especie de irrisoria tutela. El reino de Germania resultó, por uno de los mayores contrasentidos que registra la Historia, el imperio romano, el imperio de Occidente. Pero este imperio por su misma extensión, no pudo impedir que Italia se constituyese aparte; que reinos como los de Hannover, Baviera y Sajonia brotasen á una en su mismo seno; que territorios suyos como la república de Holanda y Helvecia, constituyeran sociedades tan diversas del Estado tutor y que resultase, por todo esto, al fin y al cabo el sacratísimo imperio, una especie de sombra majestuosa, en cuyos pliegues, como en los pliegues de un sudario, se ocultaban muchas ruinas, ó como en los cendales de inocente cuna, muchas promesas y muchas esperanzas.

Pocas regiones del mundo han sufrido tal número de cambios territoriales como Alemania. Diríanse de aluvión y acarreo sus formas y contenido geográfico, expuesto á continuas alteraciones por una inundación permanente. Las fronteras cambian con la misma facilidad que cambian también los internos organismos. La Lorena, la Alsacia, los principados rhinianos están sujetos á pasar unas veces de los alemanes á los francos y otras veces de los francos á los alemanes en remolinos continuos. Y lo mismo sucedió con Borgoña. Baste decir que tal región, parte integrante de Alemania un día, concuyó por des

aguar en Francia una porción de su gente y la otra por componer fracciones importantes de las tierras helvéticas. Y lo que ha pasado con la frontera de Francia, con la frontera de Suiza, con la frontera de Borgoña, también ha pasado con la frontera de Italia. Chiavesina unas veces ha pertenecido á Germania y otras veces á Italia; lo mismo que Trento, lo mismo que Verona. Pero lo más grave y transcendental entre las regiones, que han compuesto esa grandiosa Germania, son las Marcas, territorios levantados en las fronteras con cierta extensión propia y ciertos jefes parecidos á nuestros antiguos Adelantados, y que ni bien eran duques ó marqueses feudales, ni bien soberanos perfectos. Mas la Marca de Brandeburgo ha constituido el reino prusiano; la Marca de Austria el imperio austriaco; la Marca danesa el Estado dinamarqués; y estas formaciones de tan extraordinaria importancia revelan los caracteres particularísimos á región por tal manera confusa, que llama unidad á un Estado so el cual hoy mismo reinan varios Reyes y existen, gobernándose á sí mismas, alguna que otra ciudad libre. Las regiones se organizan siempre con arreglo á su finalidad social. Alemania debía germinar varias tribus esclavas, lanzadas así al Norte como al Oriente de su territorio, y subordinó á este fin capital todo su organismo. Necesitando invadir, y más que invadir todavía, transformar las regiones ocupadas por los esclavos al Oriente del río Elba, su Marca de Brandeburgo, su orden teutónica semejante á una legión de caballeros conquistadores, su ducado de Sajonia, su territorio de Hosteín y de Meclenburgo, su ciudad libre de Lubeck, no tuvieron más fin en los tiempos medios, ni desempeñar un más papel histórico y social, que la germanización de los esclavos. De aquí, resistencias é impulsos, de aquí países tan esclavos como la Bohemia y la Moravia y la Silesia, unas veces adscritos á la corona germánica y otras veces adscritos á la corona polonesa; pero, merced á esto, el imperio de Occidente, regido por emperadores germánicos más ó menos honorarios, tocaba nada menos que allá en las orillas del Báltico y podía disputar al imperio de Oriente su dominación sobre los esclavos. Hélo recordado mil veces, y no me cansaré nunca de repetirlo: estos pueblos del Norte alzan sus cóleras y sus iras seculares sobre venganzas de generaciones pasadas y rencores de cronistas eruditos. Los cheques más católicos no perdonan al emperador Segismundo el que dejara matar á Juan Huss y á Jerónimo de Praga en el siglo décimo-quinto, cual si los dos mártires hubieran muerto ayer de mañana. Muchos alemanes hay que ven ahora mismo en Sedán y en el sitio de París un desquite justiciero y necesario de la muerte infligida por los francos al nieto de Federico II en el siglo décimo-tercio. Estos recuerdos deben aducirse todos á una en demostración de la persistencia que ciertas ideas tienen sobre los pueblos boreales. Y así hoy mismo los rusos no perdonan á los germanos obras consumadas allá en el siglo décimo, como la germanización de ciertas familias esclavas, tan germanizadas ya y transfundidas en otro cuerpo, que pertenecen completamente al imperio alemán.

¡Cuántas alteraciones la geografía germánica! Los feudos no pueden contarse. Los re-

yes de Sajonia no saben de modo alguno contenerse. Apenas puede con algún viso de razón explicarse cosa de suyo tan frecuente allí como el que unos territorios se hayan constituido en ducados y otros en reinos. Así, á lo mejor, llegan interregnos en los que parece Alemania muy próxima de una disolución. Así, mientras nosotros constituimos en el Occidente la unidad interior de nuestros Estados, ellos constituyen aquellos círculos, obra de Maximiliano, á principios del siglo décimo-sexto, que recrudece y agrava el feudalismo. Y hay allí otros fenómenos todavía más graves y menos comprensibles. Reyes tan enemigos de Alemania en algunas ocasiones, como los Reyes de Suecia, magistrados demócratas como los jefes de Holanda, cantones helvecios, monarcas ingleses, forman parte de Alemania, por que tienen allí territorios, y sobre todos estos territorios ejercen una supremacía eminente. Cierto que así las guerras religiosas, como las guerras de los Treinta Años, emprendidas por motivos de religión también, dividen y fraccionan en muchos Estados diversos el Imperio alemán, ya de suyo bastante dividido y fraccionado. Sin embargo, en tal acarreo continuo de tierras y tal formación diversa de Estados, siempre hay algunos que predominan como Austria, como Sajonia, como Baviera, como Alemania propiamente dicha. Sus círculos dividen y fraccionan estas unidades precarias. Así la Sajonia se divide, por ejemplo, en alta y baja como el Rhin á su vez en bajo y alto, removiéndose todo esto y cambiándose con suma facilidad, cual si Alemania tuviese grandes fuerzas de repulsión y destrucción en su seno, además de tantas como traen las competencias extrañas y las guerras continuas. Querer decir los cambios experimentados por el ducado de Sajonia mil veces dividido y desmembrado, que tiene dos dinastías reinando á un mismo tiempo; decir cómo se modificó aquel ducado de Brunswick que diera un Emperador á Roma y una familia real á Inglaterra; contar cómo se dilata y extiende la Marca de Brandeburgo y cómo pasa el ducado prusiano á reino y el reino prusiano á Imperio, referir las modificaciones de las ciudades anseáticas, episcopales unas, mercantiles otras, imperialísimas muchas, es un empeño, que francamente no podemos tener, porque no encontramos la fórmula que levantara tales nociones geográficas á las alturas y á la categoría de un verdadero sistema científico.

Por esta razón debemos reducirnos en el trabajo que intentamos presentar á Alemania tal como se ha constituido en el siglo décimo-nono. El más grave y transcendental error de cuantos cometen las escuelas autopistas entre nosotros, es aquel consistente de antiguo en rehacer por pactos pueblos hechos ya por el creador trabajo de los siglos. Alemania ofrece la particularidad extraña de haber ido desde la unidad interior de su Estado á la federación. Pero esta particularidad extraña proviene de no existir, cuando se formara el reino germánico, una idea madre tan capital y transcendente como la idea de nación. Yerran y yerran mucho los que creen las nacionalidades formadas meramente por la unidad del Estado. ¡Ah! No está en eso la nación. Un estado solo tienen Irlanda é Inglaterra; y no